Imprimir

En las últimas décadas, la economía estadounidense se ha caracterizado por una creciente desigualdad, una reducción del tiempo libre y una creciente concentración del poder económico y político, lo que ha socavado cada vez más los ideales democráticos con los que Estados Unidos aparentemente está comprometido.
A pesar de que los trabajadores estadounidenses trabajan largas jornadas y son uno de los pocos países sin vacaciones obligatorias, el coste de la vida en Estados Unidos sigue aumentando a pasos agigantados en comparación con lo que la gente lleva a casa. La administración Trump no les ayuda, pues se ha esforzado por castrar a la Junta Nacional de Relaciones Laborales mientras redistribuye miles de millones de dólares a los multimillonarios mediante generosos recortes de impuestos. No es de extrañar que la palabra « oligarquía » esté en boca de todos .

En tal aprieto, sin embargo, la gente puede estar más abierta a discutir los cambios integrales necesarios para construir una economía que funcione para la gente común; la exitosa campaña de Zohran Mamdani para una ciudad de Nueva York asequible es un buen ejemplo. Con su nuevo libro , *The Democratic Marketplace: How a More Equal Economy Can Save Our Political Ideals*, Lisa Herzog, profesora de filosofía política en la Universidad de Groningen, ha hecho recientemente una contribución teórica accesible y lúcida al debate sobre cómo podría ser una economía más justa. Sus argumentos concisos y basados en la evidencia sobre las deficiencias de nuestro sistema económico y las posibles reformas de mejora serán bienvenidos tanto para progresistas como para socialistas, incluso si sufren por falta de compromiso con las tradiciones teóricas más radicales.

La alianza capitalista contra la democracia

Herzog comienza catalogando los profundos problemas de la economía estadounidense actual. Durante muchos años, se creyó que la soñadora unión de los mercados capitalistas y la democracia era la «fórmula del éxito de Occidente». Pero desde entonces, esta unión se ha vuelto cada vez más tóxica.

La desigualdad se ha disparado desde la década de 1970, de modo que la "ratio entre el salario de los directores ejecutivos y el salario promedio en las grandes empresas estadounidenses es ahora de casi 300:1", señala Herzog. "Las brechas que se están abriendo entre los diferentes niveles del espectro económico son aún mayores en términos de riqueza que de ingresos, y los ricos crecen más rápido que el resto". Impulsado en gran medida por la disminución de las tasas de sindicalización, los trabajadores también dedican mucho más tiempo al trabajo del que quisieran. En Estados Unidos, "el empleo a tiempo completo significa un promedio de cuarenta y siete horas semanales, unas diez horas más que en la mayoría de los países europeos", observa. "Las opciones de tiempo parcial son más escasas y, para muchos, simplemente no son asequibles".

Una razón de estas trágicas circunstancias es que los trabajadores tienen muy poco control democrático sobre los lugares donde pasan gran parte (si no la mayor parte) de su vida diaria. Las estructuras corporativas son decididamente jerárquicas e iliberales, lo que significa que los trabajadores tienen poca capacidad para movilizarse en su nombre, incluso cuando está justificado. Como señaló el propio Karl Marx en *El Capital*, *vol. I*, en el lugar de trabajo «el capital formula, como un legislador privado, y por propia voluntad, su autocracia sobre sus trabajadores». Lo mismo ocurre con la gran mayoría de las empresas actuales, tanto en la fábrica como fuera de ella.

Finalmente, el autogobierno popular, pues el propio pueblo se ve cada vez más amenazado por el capitalismo. Al describir una "alianza" de mercados y corporaciones contra la democracia, Herzog describe cómo las grandes corporaciones han transformado su poder económico en poder político. Herzog argumenta, citando al economista Thomas Philippon, que la economía estadounidense se ha vuelto menos competitiva en las últimas décadas debido a los niveles de concentración industrial que han creado oligopolios en muchos sectores. En estos mercados dominados por unas pocas empresas, las ganancias son mayores y los beneficios para los clientes menores; esto se aplica, por ejemplo, a las telecomunicaciones y los servicios aéreos.

La razón, afirma Herzog, siguiendo de nuevo a Philippon, es que las corporaciones han

presionado para limitar la regulación y así poder extraer mejor el valor de los trabajadores y consumidores. Como resultado de la disminución de la competencia corporativa debido a prácticas oligopólicas, Philippon estima que los ciudadanos estadounidenses se han visto «privados de 1,5 billones de dólares en valor que se habrían creado si la industria estadounidense hubiera mantenido la competitividad que tenía antes».

En otras palabras, la alianza de los mercados y las corporaciones contra la democracia ha obtenido grandes victorias. Los perdedores son la democracia y la clase trabajadora.

¿Qué dicen los críticos?

Hay que reconocer que Herzog conoce las respuestas más plausibles a sus críticas al capitalismo contemporáneo y se propone rebatirlas con cuidado. Algunas de las secciones más interesantes de *The Democratic Marketplace* son aquellas en las que desmiente sistemáticamente las devociones procapitalistas.

Por ejemplo, Herzog anticipa una objeción a sus afirmaciones sobre nuestro limitado tiempo libre. Para cualquiera que alguna vez se haya imaginado liberado tras llegar a casa del trabajo, más tiempo libre podría parecer una especie de libertad. Pero, claro, muchos sostienen que, de hecho, es nuestra *decisión* si queremos un trabajo con largas jornadas o si queremos más tiempo libre (y, por lo tanto, menos dinero).

Herzog ofrece varias respuestas a esta línea de argumentación. En primer lugar, señala que los mercados laborales siempre

Contienen un elemento de fuerza, al menos en sociedades que carecen de sistemas de bienestar incondicionales. En estas sociedades, a menos que se sea rico por sí mismo, hay que trabajar para evitar la indigencia. Y dependiendo del coste de la vida y de los derechos que las personas tengan frente a sus empleadores, su elección sobre cuántas horas trabajar puede ser muy limitada.

Herzog señala que las encuestas muestran con frecuencia que las personas preferirían

trabajar menos si pudieran permitírselo. La principal razón por la que nos vemos obligados a trabajar más es que el tiempo libre que muchos preferiríamos disfrutar no se considera económicamente "productivo", un caso en el que las necesidades humanas más amplias contradicen las exigencias limitadas de la rentabilidad capitalista.

Además, Herzog argumenta que no tiene por qué ser así. Experimentos con una semana laboral de cuatro días en el Reino Unido e Islandia han demostrado resultados prometedores, ya que los empleados afirman sentirse menos estresados y agotados al tener más tiempo para la familia, los amigos, las aficiones y el ejercicio. Además, especula que más tiempo libre podría contribuir a reforzar la sociabilidad y el sentido de comunidad, cada vez más decaídos en Estados Unidos, ya que las personas tendrán más tiempo para compartir de forma significativa.

Una de las secciones más débiles del libro es su respuesta a los argumentos meritocráticos de que el capitalismo recompensa a los virtuosos mientras castiga a los perezosos e imprudentes (los veinteañeros ociosos, por ejemplo, que pierden el día en Discord).

Herzog llama la atención sobre el hecho de que cuanto más impregna la lógica del mercado una sociedad, más personal nos la tomamos: malinterpretamos el éxito en los mercados como una prueba de virtud y el fracaso como una señal de vicio. Incluso Friedrich Hayek comprendió que esto era un disparate, observa Herzog; los mercados, en el mejor de los casos, recompensan a quienes satisfacen deseos humanos subjetivos y, a menudo, solo los recompensan por ganar la lotería y nacer ricos.

En otro lugar, argumenta contra el "mito" darwiniano social de que la economía debe ser una competencia donde los ganadores sean "de alguna manera seres moralmente superiores". Escribe: "Una explicación completamente irreal del logro individual —que mezcla una comprensión errónea de la meritocracia con ideas erróneas sobre los mercados— parece surgir de los contextos sociales altamente desiguales en los que se producen tales logros". En lugar de este mito darwiniano social, deberíamos comprender que nuestra economía se basa en una "complementariedad de diferentes tareas". (Quizás algo así como una actitud de

“de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades”).

Si bien coincido en gran medida con Herzog, sus argumentos al respecto son bastante flojos como respuesta a uno de los artificios ideológicos más poderosos utilizados para defender la desigualdad económica y las jerarquías laborales. En *The Democratic Marketplace, no dedica mucho tiempo a abordar los argumentos basados en la meritocracia a favor del capitalismo,* relegando las discusiones principalmente a dos páginas donde los califica de “absurdos” por las razones mencionadas.

Entre los filósofos académicos, los argumentos meritocráticos han estado en declive durante décadas, e incluso pensadores procapitalistas como Hayek y Robert Nozick generalmente los evitan. Sin embargo, siguen desempeñando un papel importante en el discurso popular, con acérrimos defensores de la clase alta como Ben Shapiro, que publican libros enteros dividiendo el mundo entre “leones” productivos y “carroñeros” inactivos. El continuo atractivo generalizado de estas ideas hace que merezcan más que una mención pasajera.

Afortunadamente, se están dando algunos giros. Una de las críticas más incisivas a los argumentos meritocráticos contemporáneos proviene del libro de 2020 del filósofo Michael Sandel, *La tiranía del mérito*. Sandel argumenta que los ideales meritocráticos no solo se basan en premisas erróneas, sino que tienen consecuencias sociales destructivas. Nuestra clase dominante contemporánea es, en muchos aspectos, la más tóxica de la historia, señala Sandel; al menos las élites anteriores imaginaban que su posición se debía a Dios y que, a su vez, tenían obligaciones con las clases bajas (noblesse oblige).

Los “ganadores” del mercado capitalista actual son las primeras élites de la historia que imaginan que están donde están gracias a su propia perspicacia y trabajo duro (sin contar, por supuesto, la herencia de un par de millones de dólares de sus padres) y, en consecuencia, no deben nada a los de abajo. La tendencia cultural inversa es que las clases bajas a menudo internalizan la idea de que su propia subyugación se debe a una falla moral de su parte. Esta lógica cultural perversa es insostenible y, previsiblemente, genera desconfianza social y resentimiento generalizado. *El Mercado Democrático* se habría

beneficiado de prestar más atención a este destructivo ethos meritocrático.

Democracia, capitalismo y socialismo

Una de las rarezas de *The Democratic Marketplace* es la escasa presencia de la historia del pensamiento socialista. En muchos sentidos, se presenta como la tradición que no puede pronunciar su nombre. Herzog se muestra taciturna respecto al socialismo, afirmando que si su libro es un llamado a abolir el capitalismo o no «depende de lo que uno entienda por capitalismo y de las alternativas que considere». Rechaza la disyuntiva entre «capitalismo y socialismo» como una reliquia inútil de la Guerra Fría, enfatizando que capitalismo y socialismo pueden significar muchas cosas diferentes.

Si bien es cierto que se dice socialismo de muchas maneras, para apropiarse de Aristóteles, son los pensadores socialistas y socialdemócratas quienes han llamado la atención desde hace mucho tiempo sobre los problemas que Herzog diagnostica, y el descuido (a menudo deliberado) de esta tradición en la anglosfera ha contribuido a la falta de recursos intelectuales necesarios para resolver esos problemas.

La filósofa Elizabeth Anderson ha enfatizado acertadamente la necesidad de que los académicos recuperen la historia del pensamiento socialdemócrata y socialdemócrata en respuesta a la expansión del neoliberalismo. Esta tradición incluye una rica fuente de pensamiento sobre alternativas al capitalismo , así como un rico pensamiento estratégico sobre los obstáculos para lograr una sociedad más justa. Mientras los críticos del capitalismo contemporáneo ignoren estas perspectivas, es difícil imaginar que puedan aportar soluciones convincentes a los problemas que aquejan a nuestra sociedad actual.

Dejando de lado estas cuestiones, *The Democratic Workplace* es una breve y útil polémica contra la proliferación de gobiernos privados iliberales y antidemocráticos. Condensa importantes argumentos, datos y sabiduría histórica en un conjunto conciso, bien escrito y discretamente apasionado: un buen punto de partida intelectual para quienes empiezan a

dudar del funcionamiento de las democracias capitalistas según lo prometido.

Matt McManus, profesor adjunto en Spelman College. Es autor de " *El derecho político y la igualdad"* y *"La teoría política del socialismo liberal",* entre otros libros.

Fuente: Revista Jacobín 26 de noviembre 2025.

Foto tomada de: Bloomberg vía Getty Images